

El movimiento estudiantil madrileño durante el curso 1975-1976: auge y agotamiento de un actor fundamental en la lucha contra el franquismo

Javiera Errázuriz

Universidad Diego Portales (Santiago de Chile)

Resumen: El movimiento estudiantil madrileño fue un agente activo en la lucha en contra del régimen franquista, desde los sucesos de 1956 en adelante, aunque, como todo movimiento social, estuvo marcado por periodos de flujo y reflujo. La muerte de Franco y el comienzo de la transición a la democracia se convirtieron en oportunidades políticas inmejorables para el movimiento estudiantil, que hizo suyas las peticiones de amnistía y democracia que compartían diversos grupos sociales del país. De esta manera, el movimiento estudiantil contribuyó a la socialización de un lenguaje democrático entre la juventud, en los complejos inicios de la transición a la democracia.

Palabras clave: movimiento estudiantil, oposición política, transición a la democracia, movilización social, universidad.

Abstract: The Madrilean student movement was an active agent in the fight against Franco's regime after the events of 1956; however, like any social movement, there were periods of growth and decline. Franco's death and the beginning of the transition to democracy offered outstanding political opportunities for the student movement, which endorsed the calls for amnesty and democracy shared by different social groups in the country. As a result, the student movement contributed to the socialization of a democratic language among the youth, at the difficult beginning of the transition to democracy.

Keywords: student movement, political opposition, democratic transition, social mobilization, University.

La historia del movimiento estudiantil español bajo el franquismo no es un continuo, sino que está compuesta por distintas fases de flujo y reflujo, de momentos de fuerte efervescencia y otros de silencio. Desde los sucesos de 1956, los estudiantes fueron protagonistas de la oposición al franquismo, aunque de manera interrumpida. Hacia fines de la década del sesenta, las movilizaciones en la universidad llegaron a su punto culmen, para luego descender en una larga etapa de reflujo, de la cual el movimiento no saldría hasta el inicio de la transición a la democracia.

En este contexto, el curso 1975-1976 fue testigo de una de las oleadas de movilización estudiantil más fuertes de toda la década. Si bien durante el primer lustro de la década de los setenta las movilizaciones estudiantiles se producían con relativa periodicidad, la fuerza y la continuidad con que se produjeron en el curso 1975-1976 fueron excepcionales. Sin embargo, ya desde mediados de 1976 el movimiento estudiantil comenzó a dar muestras de agotamiento, y a partir de esa fecha entró en una larga etapa de reflujo de la cual sólo saldría en ocasiones muy específicas (por ejemplo, en la discusión contra la Ley de Autonomía Universitaria en 1979-1980) y por periodos cortos de tiempo.

¿Cuáles son las razones de esta pérdida de protagonismo del movimiento estudiantil justo en los años clave de la transición a la democracia? El objetivo de este artículo es indagar en esta problemática desde la perspectiva de los grupos políticos que componían el movimiento. En este sentido, nuestra hipótesis es que el curso 1975-1976 supuso un punto de inflexión para el movimiento estudiantil. En este curso, el movimiento asumió e hizo propia la lucha por la ruptura democrática que propiciaban los partidos políticos de oposición al franquismo, al tiempo que mantenía reivindicaciones académicas. Sin embargo, la trascendencia del proceso político que vivió España a partir de la muerte del dictador hizo que los estudiantes transformaran la lucha por la democracia en su principal reivindicación, opacando a los problemas propiamente universitarios.

Así, el movimiento estudiantil se insertó con éxito en la oleada de movilización social que se produjo a partir de noviembre de 1975, pero este mismo proceso terminó por desgastarlo, especialmente cuando los líderes del movimiento y los partidos políticos con presencia en la universidad aceptaron la vía de la negociación para realizar, ya no el programa de ruptura, sino la reforma del sis-

tema político español. Además, la permanente incapacidad de los grupos políticos que componían el movimiento para coordinarse en un frente unido y, especialmente, las luchas y rivalidades entre ellos tuvieron un papel fundamental a la hora de explicar el declive del movimiento estudiantil, que tan importante había sido en la lucha en contra del franquismo.

Las fuentes utilizadas para este estudio corresponden, en su mayoría, a prensa clandestina que emana de las diversas organizaciones políticas que componen el movimiento estudiantil. En algunos casos, estos órganos de prensa tienen una existencia sostenida en el tiempo y se publican de manera constante (por ejemplo, *Vanguardia*, de la Organización Universitaria del Partido Comunista de España (PCE), o *La Voz*, de la Joven Guardia Roja). En otros casos, los periódicos se publicaban un par de meses y luego desaparecían. Esto es un indicador, además de la dificultad para mantener prensa clandestina, de la fortaleza o debilidad de las organizaciones políticas que estaban detrás de las publicaciones.

Es necesario señalar que las fuentes utilizadas no representan a todos los estudiantes, como es evidente, sino solamente a los militantes de partidos o agrupaciones, que no eran la mayoría. Un conjunto numeroso de estudiantes no militaba pero sí participaba en actividades políticas, sin embargo, desconocemos casi todo sobre ellos: cuántos eran, cómo se vinculaban a las organizaciones políticas (si es que lo hacían), en qué actividades participaban y por qué. Con todo, creemos que la prensa clandestina del movimiento estudiantil es útil para investigar, no solamente lo que las diversas organizaciones proponían para el movimiento estudiantil, sino también sus vinculaciones con los partidos políticos que, para el curso que estamos analizando en este artículo, resulta vital comprender.

Los últimos fusilados del franquismo, el decreto de permanencia y la muerte del «caudillo»

El periodo comprendido entre 1974 y 1975 se caracterizó por la fuerte imbricación entre la lucha de la oposición política nacional y la lucha en la universidad. Las reivindicaciones de los estudiantes se combinaban con las peticiones de democratización del sistema político. Las manifestaciones contra la selectividad y la exigencia de

expulsión de la policía de la universidad marcaron esta etapa¹. En este periodo, los universitarios actuaron en coordinación con otros movimientos sociales, como el movimiento obrero, y muy influidos por los partidos políticos que buscaban imponer su programa de libertades democráticas. De hecho, en este periodo proliferaron las organizaciones partidarias dentro de la universidad. Grupos que hasta entonces no habían manifestado mayor interés por el movimiento, como el PSOE, comenzaron a organizar secciones estudiantiles, con órganos de prensa *ad hoc*. Según Gregorio Valdevira, a partir de 1973 la influencia que ejercen los partidos políticos y sus estrategias de ruptura democrática se deja sentir con fuerza dentro del movimiento estudiantil².

De este modo, la situación política de España en los últimos meses de la vida de Franco y el incierto inicio de la transición a la democracia fueron oportunidades políticas inmejorables para relanzar las movilizaciones estudiantiles, que en los cursos anteriores pasaban por un momento de reflujo. Alberto Carrillo-Linares señala que en este periodo

«la universidad se transformó en el más importante foco de agitación contra el franquismo, lo que fue posible gracias a las peculiaridades del movimiento estudiantil, improbables en otros movimientos (posibilidad —sin riesgos económicos— del mantenimiento de las huelgas durante meses, masificación, extensión del fenómeno a nivel estatal, alto nivel de formación teórica, complejas redes de sociabilidad, impulso y exaltación juveniles, disponibilidad personal, etc.). [...] Con el panorama de una universidad absolutamente politizada y trémula, Franco moría en su cama»³.

Con todo, hacia el final del periodo, el movimiento estudiantil ya mostraba signos de agotamiento.

El curso 1975-1976 se caracterizó por una fuerte conflictividad en la universidad, que vino precedida por el frustrado proyecto

¹ Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, Miguel Ángel RUIZ CARNICER y Marc BALDÓ LACOMBA: *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, pp. 280 y ss.

² Gregorio VALDELVIRA: *La oposición estudiantil al franquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 239-240.

³ Alberto CARRILLO-LINARES: *Subversivos y Malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, Sevilla, Fundación Centro de Estudios Andaluces, 2008, p. 25.

aperturista del gobierno de Arias Navarro, el llamado «espíritu del 12 de febrero». El gobierno pedía calma y tranquilidad a los universitarios para poder implementar una serie de medidas tendentes a modernizar la educación superior, entre ellas, la introducción de la selectividad⁴. Sin embargo, esta calma no llegó. La batalla de los estudiantes por las libertades democráticas marcó este periodo, en el cual la universidad vivió en un estado de permanente agitación: se dictaron pocas clases, se sucedieron las asambleas, manifestaciones y concentraciones a lo largo de todo el curso, se multiplicaron las pintadas en los murales y la prensa política. Los estudiantes eran conscientes del momento crucial que vivía España después de la muerte de Franco, por lo que sus movilizaciones buscaban extender la lucha por la democracia a toda la sociedad española.

El curso comenzó en medio de la urgencia por salvar la vida a los cinco condenados a muerte por el régimen de Franco. El 28 de agosto comenzaron los Consejos de Guerra contra varios miembros del FRAP y ETA, acusados de asesinar a dos guardias civiles y dos policías armados. Apenas dos días antes, el régimen había aprobado el Decreto-ley Antiterrorista, que no sólo contemplaba la pena de muerte para quien asesinara a miembros de las fuerzas de seguridad o funcionarios del Estado, sino que equiparaba a aquellas organizaciones de oposición pacíficas, como los grupos comunistas o socialistas, con las que hacían uso de la lucha armada, como ETA y FRAP. Como señalan Molinero e Ysàs, «la nueva norma no se dirigía a las actividades violentas y terroristas, sino a la *subversión* de siempre»⁵. La aplicación de esta ley en los consejos de guerra celebrados simultáneamente entre agosto y septiembre de 1975 produjo once condenas a muerte, que luego serían rebajadas a cinco, ya que seis de los condenados fueron indultados el 26 de septiembre. Los fusilamientos se llevaron a cabo el 27 de septiembre en medio de fuertes manifestaciones y peticiones de indulto, que no fueron acogidas.

⁴ Para una breve relación de estas medidas, véase Pere YSÀS: *Disidencia y Subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 42.

⁵ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Anatomía del Franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 222. Cursiva en el original.

Las movilizaciones en contra de las penas de muerte congregaron a diversos sectores de la población que no necesariamente militaban en partidos políticos, y, además, supusieron una importante plataforma de relanzamiento de las reivindicaciones de la oposición. En este sentido, los estudiantes utilizaron estas movilizaciones como una oportunidad para articular un discurso político sobre la necesidad de la democratización del sistema y para denunciar el recrudecimiento de la represión como un intento desesperado del régimen por sobrevivir:

«Acosado por la sociedad española, incapaz de dar la menor solución a los graves problemas del país, internacionalmente aislado, se aferra a la represión como última razón de su existencia. Trata de volver a la década de los cuarenta, ignorando que la sociedad española ha cambiado profundamente en un irreversible proceso hacia la libertad y la democracia»⁶.

En este contexto adquiere fuerza la petición de amnistía, no sólo para los condenados a muerte, sino para todos los presos y exiliados políticos españoles. La amnistía era considerada como el primer paso en la exigencia de libertades democráticas, ya que permitiría «a todos los españoles participar en la construcción de una nueva sociedad basada en la libertad y el respeto a los derechos humanos, y no en la represión en que la dictadura franquista quiere sumir a España»⁷.

Otro elemento fundamental para las movilizaciones estudiantiles y que operó como una oportunidad política en el ámbito universitario fue la publicación del Decreto de Garantías para el Funcionamiento Institucional de la universidad, también conocido como Decreto de Permanencia, que establecía que cada estudiante podía permanecer como límite máximo dos cursos más de los contemplados en su plan de estudios, ponía un límite de cuatro convocatorias a exámenes y creaba una comisión especial compuesta por el rector, el presidente del patronato universitario, el vicerrector más antiguo y un inspector del Ministerio de Educación. Esta comisión tenía entre sus funciones «imponer las sancio-

⁶ «Universitarios», Organización Universitaria del PCE, septiembre de 1975, p. 1.

⁷ *Vanguardia*, Periódico de la Organización Estudiantil del Partido Comunista de España, 1.ª quincena de septiembre de 1975, p. 5.

nes de denegación de matrícula o inhabilitación para examinarse en los centros de la universidad respectiva en los casos de comisión de actos que perturben gravemente el orden académico» y «proponer a los órganos de gobierno de la universidad, y en su caso al Ministerio de Educación y Ciencia las medidas que estime necesarias para el mantenimiento o restauración del orden académico y el cumplimiento estricto de todos los deberes inherentes al funcionamiento de la universidad»⁸. Es decir, la comisión creada por el Decreto de Permanencia funcionaba como una suerte de tribunal disciplinario en la universidad, ya que era la encargada de establecer qué se entendía por orden académico y sancionar su falta. Este decreto, redactado en verano y sin contar con la comunidad universitaria, fue considerado por los estudiantes como un paso más en la tecnocratización de la universidad, ya que aumentaba la selectividad, contra la que se había luchado sin éxito, en los cursos anteriores.

Ahora bien, si en septiembre y octubre de 1975 los estudiantes habían tenido motivos de sobra para movilizarse, ya fuera en contra de las condenas a muerte o del Decreto de Permanencia, la muerte de Franco fue un estímulo más poderoso aún para las movilizaciones en la universidad y en la sociedad en general. En este sentido, la muerte del dictador operó como una oportunidad política inmejorable. Con la desaparición de Franco se abría una nueva etapa en la vida política española, una etapa incierta pero que ofrecía la posibilidad de luchar por un cambio en el sistema político. En este contexto, el movimiento tenía una doble tarea, por un lado, movilizar a la mayor cantidad de estudiantes posible y, por otro, insertarse, sin perder protagonismo, en las luchas políticas generales. Esta compleja labor se hizo combinando las reivindicaciones propiamente estudiantiles (fin del Decreto de Permanencia, salida de la policía de la universidad, etc.) con las exigencias de democratización de la sociedad española. La Organización Universitaria del PCE proponía, por ejemplo, combinar la democratización de la universidad, la participación de los estudiantes en consejos y claustros de facultad, la derogación del Decreto de Permanencia con «la consecución de

⁸ Decreto-ley 9/1975, de 10 de julio, de Garantías para el Funcionamiento Institucional de la Universidad, *BOE*, núm. 169, p. 15320.

las libertades provisionales negadas por el franquismo y garantizadas por un gobierno provisional de unidad nacional»⁹.

Los acontecimientos políticos que siguieron a la muerte de Franco —la coronación de Juan Carlos I y el nombramiento del primer gobierno de la monarquía, incluido el nuevo Ministro de Educación, Carlos Robles Piquer— fueron percibidos entre el movimiento estudiantil como una mera continuación del régimen franquista. La figura del rey no producía mayores expectativas de cambio («Aun cuando se quiera “aperturista”, Juan Carlos camina flanqueado por el “búnker”») ¹⁰, y mucho menos la de Arias Navarro, quien cargaba con el peso de haber sido el último presidente de gobierno nombrado por el dictador, durante cuyo mandato se habían producido las ejecuciones de septiembre de 1975. En este contexto, el diagnóstico del movimiento estudiantil respecto de la situación del país era bastante optimista: el régimen había entrado en una situación de debilidad extrema, por lo que la agitación social era el camino para exigir la democracia: «En España hoy no se puede ser “demócrata a medias”. O se es Franco —y Juan Carlos no lo es ni podrá serlo— o la democracia, mil veces exigida por millones de españoles, es la única alternativa» ¹¹.

El movimiento estudiantil y el dilema de la organización

El curso 1975-1976 encontró al movimiento estudiantil bastante fragmentado entre los diversos grupos políticos con presencia en la universidad. De este modo, en él se podían encontrar organizaciones que iban desde la extrema derecha, como los Guerrilleros de Cristo Rey, hasta grupos de extrema izquierda, como la Organización Democrática de Estudiantes Antifascistas (ODEA), vinculada a GRAPO. Con todo, las agrupaciones más radicales eran muy minoritarias; los grupos más destacados que actuaban en la universi-

⁹ *Vanguardia*, Periódico de la Organización Estudiantil del Partido Comunista de España, 2.^a quincena de octubre de 1975, p. 5.

¹⁰ *Vanguardia* (Especial postfranquismo), Periódico de la Organización Estudiantil del Partido Comunista de España, 27 de noviembre de 1975, p. 1.

¹¹ *Ibid.*

dad eran la Organización Universitaria del PCE y la Joven Guardia Roja, ligada al Partido del Trabajo de España (PTE).

La radicalización y fragmentación del movimiento estudiantil en Madrid —y en España en general— fue un proceso que comenzó con fuerza hacia fines de los años sesenta, después de la disolución del Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios (SDEU) y de la imposición del estado de excepción en 1969. La represión que supuso esta medida afectó fuertemente al movimiento estudiantil, ya que lo obligó a volver a la clandestinidad¹², siendo detenidos muchos de sus dirigentes, pasando largo tiempo encarcelados, algunos, y, otros, dejando los estudios o partiendo al exilio.

Además de la situación particular que vivía España en esos años, la fragmentación de la izquierda vino junto a una radicalización ideológica. Según Gregorio Valdelvira, después del mayo francés y de las revoluciones estudiantiles de todo el mundo, el movimiento español rompió con la trayectoria de etapas anteriores:

«A las reivindicaciones y planteamientos democráticos sucedieron los radicales. En las etapas inmediatamente anteriores, los programas dibujaban una sociedad democrática con algunos rasgos socializantes y, en todo caso, al socialismo se llegaría con métodos democráticos después de consolidar la democracia, mientras que para la universidad el proyecto casi unánime era la reforma democrática de la universidad. Ahora los proyectos diseñaban el mapa radical de una sociedad revolucionaria, mezcla de maoísmo, trotskismo y anarquismo, cuyos modelos eran China, Vietnam y Cuba»¹³.

En este contexto, algunos grupos se escindieron del PCE por considerarlo pactista y revisionista, y asumieron ideologías más radicales, como el marxismo leninismo, el maoísmo y el trotskismo. Igualmente, estudiantes que habían militando en el extinto Frente de Liberación Popular (FLP) también formaron nuevos grupos políticos, como la Liga Comunista Revolucionaria, fundada en 1971¹⁴.

¹² Antes de esta fecha, aunque seguía siendo ilegal participar en grupos políticos de oposición, el movimiento estudiantil consiguió salir a la luz pública a través del Sindicato Democrático de Estudiantes, que fue tolerado por el régimen.

¹³ Gregorio VALDELVIRA: *La oposición estudiantil al franquismo...*, p. 134.

¹⁴ Para más detalles sobre las escisiones en la izquierda estudiantil, véase Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, Miguel Ángel RUIZ CARNICER y Marc BALDÓ LACOMBA: *Estudiantes contra Franco...*, pp. 280 y ss. Y sobre el FLP, véase Julio Antonio GARCÍA

Pese a tener un enemigo común —el régimen franquista—, las diferencias ideológicas y de formas de acción de estos grupos hicieron del todo imposible que actuaran unidos. Así, por ejemplo, ante propuestas como el Decreto de Participación promulgado en 1974 y luego modificado en 1975, las organizaciones tenían puntos de vista distintos e, incluso, opuestos. El debate en torno a la participación en las elecciones de representantes establecidas en el decreto antes señalado produjo muchas fricciones. El PCE promovía la participación en el proceso electoral, por considerarlo una victoria en su lucha por convertirse en un interlocutor válido: «De alguna forma, el movimiento estudiantil en las ciudades más avanzadas estaba ya imponiendo formas representativas electorales. Es, pues, una victoria arrancada al Ministerio por una realidad que se imponía»¹⁵. La Joven Guardia Roja, aunque con reticencia, también fomentaba la participación en las elecciones, ya que eran vistas como una oportunidad, un espacio abierto gracias a las luchas estudiantiles, que era indispensable aprovechar para atacar al régimen. Así, proponían hacer de las elecciones «el mayor pronunciamiento de nuestra repulsa del Estado fascista, alentando a la lucha por la amnistía, las libertades, elecciones libres y por un gobierno provisional de lucha antifascista»¹⁶.

Sin embargo, grupos más radicales como la ODEA propugnaban el boicot a las elecciones y la constitución de una organización independiente para el movimiento estudiantil. Su argumento se basaba en la enorme represión sufrida por los delegados durante las luchas del curso 1974-1975, y en la resistencia activa al régimen: «nosotros luchamos por arrinconarle, destruirle y conseguir la libertad para nuestro pueblo. Por eso no votaremos bajo el fascismo, porque bajo este régimen “participar” sólo es una trampa policíaca»¹⁷.

Las elecciones de representantes estudiantiles celebradas en diciembre de 1975 fueron un fracaso. La tónica general fue de gran

ALCALÁ: *Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.

¹⁵ *Vanguardia, Periódico de la Organización Estudiantil del Partido Comunista de España*, enero de 1975, p. 8.

¹⁶ *Mundo Obrero Rojo. Órgano central del Partido Comunista de España (Internacional)*, núm. 28, 3 de noviembre de 1974, p. 9.

¹⁷ *Prensa Libre Estudiantil. Órgano de la Organización democrática de Estudiantes Antifascistas*, núm. 2, noviembre de 1975, p. 6.

abstención, con lo cual se eligieron muy pocos representantes. ¿Por qué si el movimiento había luchado durante años para tener más presencia las elecciones fueron un fracaso? Una respuesta bastante plausible viene de los grupos más radicales, quienes señalaban que la abstención en las elecciones significaba que los estudiantes no querían participar de la «legalidad franquista». Por su parte, los estudiantes socialistas, opuestos desde el curso 1974-1975 a las elecciones, coincidían en su diagnóstico:

«Pedir a los estudiantes después de las ejecuciones y de la muerte de Franco, de la monarquía y del nuevo gobierno y, sobre todo, después de las luchas cada vez más amplias y unificadas de todos los sectores hacia la libertad, que participen en las elecciones de un decreto de un ministro dimitido y bajo el que suenan las mohosas cadenas del fantasma del 12 de Febrero, ha sido sencillamente imposible»¹⁸.

Para los estudiantes comunistas, lo que había ocurrido se debía a la falta de libertades y a la represión a la que habían sido sometidos los representantes elegidos el curso anterior, que había inhibido a los universitarios de participar en el proceso electoral¹⁹.

En este contexto, el problema que atravesaba al movimiento estudiantil era cómo continuar su lucha en contra del régimen si la situación política en España estaba cambiando a gran velocidad. De esta manera, en esta etapa final del régimen franquista, las organizaciones políticas comenzaron a tomar posiciones y a discutir acerca del papel del movimiento estudiantil en la lucha por la democracia. Ciertamente, había acuerdo respecto de la importancia que tenía el movimiento en este proceso, como catalizador de la movilización social, pero no lo había respecto de cómo llevar a cabo esta lucha. Para el PCE, por ejemplo, era imprescindible movilizar a todos los estamentos de la universidad: «conquistar claustros y juntas, exigir la elección democrática de rectores de las tres universidades. Estar atentos a los intentos de expulsión de PNN y de aplicación del decreto sobre disciplina a estudiantes»²⁰. En este sentido, el PCE pro-

¹⁸ *Prensa Libre Socialista. Órgano de las Juventudes Socialistas de Madrid*, enero de 1976, p. 6.

¹⁹ *Vanguardia*, 1.ª quincena de enero de 1976, p. 6.

²⁰ *Vanguardia*, 1.ª quincena de septiembre de 1975, p. 3.

ponía la articulación de un conjunto lo más amplio posible de sectores movilizados en contra del régimen, ya que consideraba que el movimiento estudiantil debía ser «un sector de primer plano en el derrocamiento de la dictadura fascista y disputar a la burguesía sus opciones en la universidad»²¹.

Las organizaciones de izquierda más radical, como algunos grupos maoístas o trotskistas, no postulaban necesariamente la unión de todos los estamentos universitarios en la lucha por la democracia, sino que consideraban más útil la vinculación de los estudiantes con los obreros. En este sentido, la Organización Comunista de España (OCE-BR)²², a través de su periódico *Bandera Roja*, postulaba que el movimiento estudiantil debía «tomar partido sin ambigüedades, o por la alternativa obrera y popular, y participar activamente en su ofensiva general política, o por las posiciones conciliadoras que buscan un arreglo “pacífico” con el régimen, y convertirse, así, en mero comparsa susceptible de ser movilizado como simple instrumento de presión»²³.

Para los estudiantes de la ODEA, el movimiento había dado muestras sobradas de combatividad en la lucha contra el franquismo, especialmente a partir de los años sesenta, pero esa lucha sólo sería eficaz «en la medida que participen cada vez más amplios sectores populares que estén interesados en acabar con el fascismo y en conseguir una amplia democracia para todo el pueblo. Por ello, el movimiento estudiantil debe dotarse de una orientación política justa, tirar por tierra las deformaciones de burgueses y trotskistas e incorporarse a la lucha popular»²⁴. Por cierto, tanto la OCE-BR como la ODEA eran tremendamente críticos de la actuación del PCE en la universidad, al que calificaban de revisionista y de pactar con fuerzas cercanas al régimen.

Ahora bien, la discusión sobre el lugar que le correspondía al movimiento en la lucha por la democracia se dio junto con el cues-

²¹ *Ibid.*

²² Grupo de tendencia maoísta surgido en 1970 de una escisión del Partido Socialista Unificado de Cataluña.

²³ *Bandera Roja. Portavoz de la Organización Comunista de España*, 12 de noviembre de 1975, p. 9.

²⁴ *Prensa Libre Estudiantil. Órgano de la Organización democrática de Estudiantes Antifascistas*, núm. 8, mayo de 1976, p. 6. F. Pablo Iglesias.

tionamiento sobre qué tipo de movimiento estudiantil había que formar y, especialmente, sobre qué tipo de organizaciones debía tener. En este contexto surgió un intenso debate en torno a la creación de una organización estudiantil unitaria, que coordinara y liderara las movilizaciones de los estudiantes. Desde la creación de la Federación Universitaria Democrática de Estudiantes (1961) y hasta la conformación del Sindicato Democrático de Estudiantes (SDEU, 1966 en Barcelona, 1967 en Madrid), existió una cierta dirección en el movimiento estudiantil, lo que permitió coordinar las luchas entre los grupos políticos. Sin embargo, cuando el SDEU fue desbaratado en 1969, se produjo un vacío que dejó al movimiento en una suerte de anarquía organizativa²⁵.

Entre los años 1970 y 1975 se ensayaron diversas formas de coordinación, como las Reuniones Generales de Universidad, en las que participaban delegados elegidos de forma diferente en cada curso, cada facultad y cada centro, por lo que la representatividad era una condición variable y cuestionable. La represión y la clandestinidad, además de la radicalización de las posturas de los grupos políticos hicieron imposible la creación de un organismo estable para el movimiento estudiantil.

Sin embargo, durante el curso 1975-1976 las condiciones parecían haber cambiado: los estudiantes estaban dispuestos a aprovechar aquellos espacios de libertad, por pequeños que fueran, que habían ganado en los cursos anteriores, para organizarse públicamente. En este contexto, se hacía más evidente que nunca la necesidad de tener una organización representativa, que liderara y coordinara al movimiento, y que le permitiera tener presencia y vinculación con otros organismos de la sociedad civil en la lucha por la democracia. El problema se presentaba al momento de debatir qué tipo de organización era la adecuada. Algunos grupos políticos comenzaron a promover la construcción de un Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios, inspirado en el de mediados de los años sesenta.

El SDEU, tal como señala Álvarez Cobelas, fue una aportación original del movimiento estudiantil español a su símil internacio-

²⁵ Para más detalles sobre la disolución de los SDEU, véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 334 y ss.

nal, en primer lugar, por llevarlo a cabo de manera pública bajo una dictadura y, en segundo lugar, porque «representa la institucionalización de valores democráticos comunes a las fases de ascenso de los movimientos»²⁶. En este sentido, el SDEU era considerado como la experiencia de organización más importante que había tenido el movimiento estudiantil, justamente en unos años (1966-1969) en donde las movilizaciones universitarias habían llegado a niveles nunca antes vistos. Por eso, los intentos de reconstruirlo tenían que ver con el anhelo de recuperar parte de ese pasado.

Los estudiantes comunistas querían que fuera una organización de masas, que surgiera de las asambleas y que fuera democrática y representativa en su constitución. De hecho, fueron ellos los primeros en hablar de un Sindicato Democrático de Estudiantes y aunque consideraban que éste sólo era posible bajo un sistema democrático, proponían comenzar con su construcción para convertirlo en una reivindicación de ruptura: «cuando se está gestando la formación de un nuevo Estado, un Estado democrático y pluripartidista, es necesario plantearse la organización del movimiento en la perspectiva del papel que debe desempeñar en ese Estado y en esa etapa»²⁷.

El PTE también impulsó la reconstrucción del Sindicato Democrático, ya que consideraba que una organización que articulara al movimiento estudiantil podía ser más efectiva en la lucha por las libertades democráticas y las reivindicaciones universitarias: «Porque un Sindicato Democrático es representativo, autónomo e independiente, es decir, construido sólo por los estudiantes, reestructurado por los estudiantes al margen de todos los partidos y organizaciones del tipo que sean»²⁸.

En este contexto, los estudiantes del PCE, del PTE y de la Juventud Guardia Roja (JGR) fueron los más activos a la hora de construir la organización estudiantil, pero ya durante los meses de marzo y abril empezaron a aparecer diferencias entre ambos partidos. Para los estudiantes del PCE, la prioridad era la lucha por

²⁶ José ÁLVAREZ COBELAS: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 341.

²⁷ *Vanguardia. Periódico de la Organización Estudiantil del Partido Comunista de España*, 1.ª quincena de marzo de 1976, p. 5.

²⁸ *El Correo del Pueblo. Órgano Central del PTE*, 13 de marzo de 1976, p. 3.

la ruptura democrática, porque solamente en un contexto de libertades políticas el movimiento estudiantil podría desarrollar plenamente sus objetivos, y sólo en ese contexto un Sindicato Democrático tendría sentido: «El objetivo político central hoy por hoy es la realización de la *ruptura democrática*. Y es un contrasentido afirmar que hoy la alternativa al movimiento es la construcción de un sindicato para la ruptura. La realidad es precisamente la contraria: sin ruptura no habrá sindicato que valga»²⁹. Esta posición de los estudiantes del PCE implicó un progresivo abandono de las formas de organización y de las reivindicaciones propiamente universitarias para dedicarse de lleno a la lucha política. Y como el PCE era el grupo político mayoritario dentro del movimiento, su alejamiento produjo un fuerte debilitamiento en la contestación estudiantil.

Por su parte, los estudiantes del PTE y de la Joven Guardia Roja concentraron todos sus esfuerzos en construir el SDEU, «como única vía de que los estudiantes, en unión con el pueblo, conquistemos la democracia política»³⁰. Uno de los primeros pasos dados en este sentido fue la creación de la Federación de Sindicatos Democráticos de Estudiantes de la Universidad (FSDEU), que tuvo lugar el 18 de abril de 1976 y que unía a nueve sindicatos democráticos de diferentes puntos del país con el objetivo de promover un SDEU autónomo, unitario, representativo e independiente, a nivel estatal³¹.

Ahora bien, el problema fundamental de este nuevo intento de organización era la representatividad, porque, generalmente, quienes resultaban elegidos eran los estudiantes más movilizados, militantes del PCE o del PTE, pero había una masa importante de estudiantes que no participaba en las asambleas y que, por lo tanto, no votaba. En este sentido, la base de apoyo de los delegados era débil. Además, existían grupos minoritarios pero «ruidosos» que intentaron boicotear desde el comienzo al nuevo SDEU. Para las Juventudes Socialistas, por ejemplo, «el Sindicato Democrático no es más que una organización impuesta desde arriba y en donde la participación de los estudiantes se reduce a la mera elección de re-

²⁹ *Vanguardia. Periódico de la Organización Estudiantil del Partido Comunista de España*, 1.ª quincena de marzo de 1976, p. 5.

³⁰ *El Correo del Pueblo. Órgano Central del PTE*, 13 de marzo de 1976, p. 3.

³¹ *Ibid.*, p. 9.

presentantes sindicales»³². Y para los extremistas de la ODEA, había que «mandar a mejor vida la maniobra del Sindicato Democrático, parche a las elecciones carrillistas y sus comparsas del PTE y demás conciliadores frustrados»³³.

Con todo, el 19 de mayo de 1976, diez años después de la Caputxinada y de la conformación del primer SDEUB, se realizó el Primer Congreso del Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios en Barcelona, con la asistencia de delegados y representantes de diversas universidades españolas. El principal acuerdo de este Congreso fue la creación de una Junta Promotora Estatal destinada a crear el ansiado Sindicato Democrático unitario, pero no tuvo éxito. ¿Por qué? Según los estudiantes del PCE, su fracaso se debió a que este sindicato fue la iniciativa de un determinado grupo político, que «rompe irremediablemente la unidad necesaria y posible del movimiento estudiantil y su organización»³⁴. El problema que detectaba el PCE era cómo conseguir que los estudiantes participaran activamente en su propia organización y que ésta no fuera el resultado de iniciativas partidistas. Para las Juventudes Socialistas, el fracaso del SDEU se debía a que había sido «un montaje superestructural que una vanguardia reducida pretende imponer a todo el estudiantado»³⁵. De este modo, el PTE quedó solo liderando un organismo que no representaba a los estudiantes, y que, por lo tanto, no era capaz de coordinar ni liderar las luchas del movimiento.

Finalmente, la unidad de los estudiantes, ya fuera a través de un sindicato democrático o de una forma alternativa, no fue posible y cada grupo siguió estrategias independientes. La decisión de los partidos de tener presencia directa en la universidad (y no participar de una organización intermedia) y las luchas entre los grupos políticos impidieron dotar al movimiento estudiantil de una organización que dirigiera sus movilizaciones, canalizara sus reivindicaciones y presentara un frente unido ante el Ministerio, lo que dificultó la coordinación y la continuidad de la lucha estudiantil.

³² *Renovación. Órgano de las Juventudes Socialistas*, junio de 1976, p. 8.

³³ *Prensa Libre Estudiantil. Órgano de la Organización Democrática de Estudiantes Antifascistas (ODEA)*, núm. 7, abril de 1976, p. 14.

³⁴ *Vanguardia (edición especial), Periódico de la Organización Estudiantil del Partido Comunista de España*, 25 de mayo de 1976, p. 3.

³⁵ *Renovación. Órgano de las Juventudes Socialistas*, junio de 1976, p. 8.

Reivindicaciones en conflicto: el difícil equilibrio entre lo universitario y lo político

Los estudiantes eran muy conscientes de que estaban en un momento clave para España, de ahí que se generalizara el uso del lenguaje de «la ruptura», que exigía la democratización del país, un gobierno provisional y, como primer paso, la amnistía. Esta última reivindicación era fundamental para el movimiento estudiantil, que no sólo la pedía para los presos políticos, sino también para los estudiantes y académicos sancionados o expulsados de la universidad:

«Al decir esto pensamos ya en la vuelta de los profesores Tierno, Aranguren y García Calvo, y en el homenaje universitario que debe recibirlos. Pensamos en el levantamiento de sanciones y expedientes. Pensamos, claro está, en la retirada definitiva de la policía y el cese de detenciones a universitarios. Pero la amnistía es más. La universidad debe unir sus esfuerzos a los de toda la sociedad española para ganar la libertad de todos los presos políticos»³⁶.

La amnistía era considerada como el primer paso hacia la democracia, como un elemento de cohesión del antifranquismo³⁷, y como una etapa indispensable para comenzar a construir el cambio de sistema político. Por esto, el movimiento estudiantil se plegó a las jornadas de protesta realizadas en diciembre de 1975 y enero de 1976.

Ahora bien, a partir de estas fechas comienza un complejo proceso para el movimiento estudiantil, ya que, por una parte, busca vincularse al movimiento de oposición para luchar por la amnistía y la ruptura democrática, pero, por otra, intenta mantener su identidad como colectivo en torno a los problemas propiamente universitarios. El delicado equilibrio que el movimiento estudiantil había mantenido siempre entre las reivindicaciones académicas [lucha

³⁶ *Vanguardia*. Periódico de la Organización Estudiantil del Partido Comunista de España, 1.º quincena de diciembre de 1975, p. 2.

³⁷ Manuel PÉREZ LEDESMA: «“Nuevos” y “viejos” movimientos sociales en la transición», en Carme MOLINERO (ed.): *La Transición, treinta años después*, Península, Barcelona, 2006, p. 137.

contra la Ley General de Educación (1970), contra la selectividad (1973-1974), contra la presencia policial en los campus, etc.] y los objetivos políticos generales (fin del régimen franquista y ruptura democrática) se quebró en 1976, dada la importancia del proceso político que vivía España. De este modo, las reivindicaciones universitarias —el Decreto de Permanencia, los estudiantes detenidos, la autonomía universitaria, la lucha contra la selectividad— pasaron a segundo plano frente a las reivindicaciones de transformación del sistema político. Así lo recuerda Enrique Otero Carvajal, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid en el curso 1975-1976:

«Cuando tú convocabas una asamblea de facultad o una manifestación al rectorado, una reunión de delegados, y la policía intervenía y detenía estudiantes o delegados estudiantiles, eso inmediatamente introducía una reivindicación: la libertad de los estudiantes detenidos. Y, claro, la libertad de los detenidos inmediatamente conectaba con la demanda de las libertades democráticas y de la liberación de los presos políticos, y la demanda de la amnistía. Tú empezabas a pedir un parcial liberatorio, hacías una movilización, cargaba la policía, gritabas *libertad* y *policía asesina*, en ese grito ya se estaba introduciendo un elemento de politización»³⁸.

En este sentido, para el movimiento estudiantil cada vez cobraba más fuerza la idea de que la universidad y la sociedad española debían luchar en conjunto por el cambio de régimen político: «Tampoco la universidad tendría posibilidades de vencer si no recogiera los ejes de ruptura de toda la sociedad española. La ruptura se decide —aun cuando tenga manifestaciones locales de enorme importancia— en lo político y en la calle»³⁹. Esta convicción era fundamental para la lucha por la democracia, pero significaba también un peligro para el movimiento: en la medida en que el escenario político se fue abriendo y las organizaciones fueron teniendo más posibilidades de actuación en el marco institucional, abandonaron la universidad, dejando al movimiento estudiantil debilitado, sin

³⁸ Entrevista a Luis Enrique Otero Carvajal realizada en Madrid el 16 de septiembre de 2009.

³⁹ «Pasar a la ofensiva», Organización Universitaria del PCE, febrero de 1976, p. 3.

rumbo y con una fuerte crisis identitaria. Además, la falta de una organización unitaria no sólo impidió la efectiva coordinación del movimiento estudiantil en un momento clave de la lucha contra el régimen, sino que también fue causa de la disgregación de los grupos políticos y de la imposibilidad de mantener una identidad estudiantil cohesionada en torno a los problemas universitarios.

La última batalla propiamente universitaria que dio el movimiento estudiantil en el curso 1975-1976 fue en contra del Decreto de Permanencia, que recrudesció en marzo de 1976 impulsada por algunas facultades de la Universidad Politécnica de Madrid. Esta lucha seguía la misma línea que los combates de años anteriores contra la Ley General de Educación (1970) y contra la selectividad (1974). Sin embargo, a diferencia de otras ocasiones, la estrategia de los estudiantes fue generar un frente que uniera a los tres estamentos universitarios en contra del decreto, el objetivo era comprometer a Profesores No Numerarios (PNN), catedráticos y autoridades académicas en la defensa de la universidad. La ofensiva de la Universidad Politécnica consiguió que el ministro Robles Piquer iniciara conversaciones con el consejo de esa universidad, y, finalmente, producto de las negociaciones, el Consejo de Ministros decidió derogar el decreto. Ahora, la victoria no fue total para el movimiento porque la nueva normativa (Real Decreto-ley 8/1976) igualmente ponía límites a la permanencia en la universidad y al número de convocatorias, pero éstas quedaban reguladas por los estatutos de cada centro⁴⁰. Lo más importante fue que se suprimieron las comisiones disciplinarias que podían sancionar a los estudiantes que «perturbaran el orden académico».

Para los estudiantes, esto fue considerado una victoria —parcial pero victoria al fin—, aunque en términos políticos fue absolutamente irrelevante. En este sentido, tal como hemos señalado más arriba, el movimiento estudiantil fracasó en vincular las reivindicaciones propiamente universitarias con los objetivos políticos del momento. Por esto, las organizaciones de estudiantes fueron progresivamente dejando de lado las temáticas académicas para lanzarse de lleno a la lucha política general, lo que supuso un abandono de la universidad como espacio generador de iden-

⁴⁰ Real Decreto-ley 8/1976, de 16 de junio, *BOE*, núm. 146, 18 de junio de 1976, p. 11893.

tividad y un intento por buscar objetivos comunes con otros movimientos sociales.

Desde su periódico *Prensa Libre Socialista*, las Juventudes Socialistas de Madrid abogaban, ya en enero de 1976, por la unión de la lucha del movimiento estudiantil con la del movimiento obrero:

«Y todo ello cobra especial importancia para nosotros, que como socialistas venimos repitiendo desde siempre la necesidad de unificar las luchas estudiantiles a las de la clase que más consecuentemente lucha por las libertades: el proletariado; y ello no con base en movilizaciones sentimentales a favor de los “pobres obreros” o los “pobrecitos presos”, sino como culminación de un proceso de profundización y generalización de las luchas estudiantiles que nos haga comprender la necesidad de unificar nuestra lucha contra un enemigo común por unos objetivos comunes»⁴¹.

La OCE-BR era más tajante, al considerar que las reivindicaciones de los estudiantes sólo tenían sentido cuando iban de la mano con objetivos políticos que les permitían unirse al movimiento popular:

«Hoy, más que nunca, es preciso tener claro que la única garantía para la extensión y continuidad de la lucha del movimiento estudiantil es el marcar claramente los objetivos políticos que le unen con la lucha del resto del pueblo, comprender a fondo que la resolución de los problemas que tienen planteados los estudiantes depende en buena medida de la resolución del gran problema que hoy tienen planteado los pueblos de España: la liquidación del régimen franquista y su sustitución por una forma de Estado que permita al conjunto de las clases populares un marco superior para la resolución de sus problemas inmediatos y su intervención política directa: la *república democrática*»⁴².

Ahora bien, pese a las intenciones y propuestas de los grupos más radicales de continuar la lucha contra el régimen hasta el establecimiento de un sistema democrático y republicano, en la práctica no consiguieron mucho, y esto por varias razones. En primer

⁴¹ *Prensa Libre Socialista*. Periódico de las Juventudes Socialistas de Madrid, enero de 1976, pp. 7-8.

⁴² *Adelante*. Portavoz del Comité de Madrid de la Organización Comunista de España (*Bandera Roja*), febrero de 1976, pp. 7-8.

lugar, los estudiantes que militaban o simpatizaban con grupos como la ODEA, OCE-BR y las Juventudes Socialistas eran pocos. En segundo lugar, la voz de los grupos radicales tenía muy poco eco fuera del ámbito universitario, lo que les impidió sumarse a una estrategia más amplia de lucha contra el régimen.

En el caso del PSOE, éste nunca tuvo mayor interés en la universidad, por lo que, a diferencia del PCE, no fomentó organizaciones de tipo estudiantil. Sólo desde comienzos de los años setenta, y de manera tímida, aparecerán algunos militantes de las Juventudes Socialistas entre los estudiantes, pero tampoco tendrán demasiado arrastre. Según los autores de *Estudiantes contra Franco*, esto se debió a que el PSOE, desde 1974 en adelante, buscó una estrategia de negociación con el régimen sin apelar a la movilización social, para lo cual crearon la Plataforma de Convergencia Democrática (1975). La idea era competir con la estrategia del PCE, que, a través de la Junta Democrática de España, creada en 1974, buscaba impulsar la movilización social para generar una ruptura que permitiera el cambio político en el país⁴³.

El PCE, que, como ya hemos señalado, contaba con las organizaciones más potentes dentro del movimiento estudiantil, intentó mantener la vinculación entre reivindicaciones sectoriales y generales. En este contexto se inscribe la creación de la Junta Democrática de Universidad, inspirada en la Junta Democrática de España, que tenía por objetivo crear un frente universitario amplio, que involucrara a los distintos estamentos en la lucha por la democratización de la universidad y de la sociedad.

A comienzos de febrero de 1976 los estudiantes comunistas habían elaborado un programa mínimo para el movimiento y se disponían a hacerlo público. Así, el 4 de febrero, un grupo numeroso de estudiantes (cuatro mil, según *Vanguardia*) realizó una marcha hacia el Ministerio de Educación para exigir los principales puntos de este programa: la derogación del decreto de cuatro convocatorias, la disolución de los Comités de Disciplina Académica, la amnistía universitaria en el marco de la amnistía general, el levantamiento de las sanciones y la reincorporación de todos los estudiantes y profesores afectados por ellas. Los estudiantes tam-

⁴³ Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, Miguel Ángel RUIZ CARNICER y Marc BALDÓ LACOMBA: *Estudiantes contra Franco...*, p. 280.

bién exigieron la renuncia de todas las autoridades académicas no elegidas democráticamente, la retirada definitiva de la policía de los campus universitarios, libertades de expresión, asociación y reunión, el reconocimiento del derecho de los estudiantes a crear un sindicato propio y la paralización de la redacción de los Estatutos de los Centros Docentes y de Participación Universitaria, por considerar que éstos debían ser redactados por representantes de todos los estamentos universitarios⁴⁴. La convocatoria fue considerada un éxito por los estudiantes comunistas, ya que el ministro se comprometió a iniciar una negociación en torno a algunos de los puntos del programa del movimiento. Además, se había llevado el programa de la ruptura ante la opinión pública, se había sacado a las calles en lugar de mantenerlo «encerrado» en los recintos universitarios⁴⁵.

Sin embargo, el movimiento estudiantil consiguió muy poco de esta convocatoria. El ministro dio largas al asunto y sólo aceptó negociar aquellos puntos menos relevantes del programa. Hacia marzo de 1976 parecía estar bastante claro ya que la lucha contra el régimen no se iba a librar en la calle y, mucho menos, iba a estar impulsada por los estudiantes. Los partidos políticos decidieron entonces enfocarse en la negociación política en lugar de seguir alentando la movilización, que, al menos en la universidad, no parecía dar muchos frutos.

El final de un curso intenso: conclusiones

Tal como señala Eduardo González Calleja:

«la última gran batalla del movimiento estudiantil tuvo lugar entre diciembre de 1975 y marzo de 1976, con la mira puesta en el derrocamiento del régimen mediante la ruptura democrática preconizada por la JDE animada por el PCE y la JGR, que eran los grupos con mayor capacidad de movilización en las aulas, y que fueron los que llevaron la voz cantante en el periodo de más intensa lucha para impedir el continuismo del régimen, en conexión con el sindicalismo obrero. [...] La virtual desaparición del

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*

movimiento estudiantil en junio de ese año, fenómeno al que contribuyó decisivamente el abandono que sufrió de manos de los partidos políticos más significados, coincidió con el caso del PCE con la práctica desorganización de sus potentes organizaciones estudiantiles»⁴⁶.

En este sentido, a medida que avanzaba el año 1976 fue haciéndose evidente que la estrategia de la ruptura había fracasado. Y, en este nuevo contexto, los estudiantes y sus organizaciones quedaron relegados, más aún cuando los mismos partidos se encargaron de vaciar a sus organizaciones universitarias para obtener cuadros que ayudaran a preparar las campañas electorales. Esta descapitalización continuó en los cursos siguientes porque muchos de esos militantes fueron reclamados por los partidos legalizados que necesitaban funcionarios para alimentar la creciente infraestructura que demandaría el régimen democrático.

Según Enrique Otero Carvajal, «el PCE en esos años tenía muy clara una estrategia de movilización que estuviera subordinada al proyecto de consolidación de la Junta Democrática como la plataforma de la oposición democrática, que pudiera liderar la transición. Y eso se materializó en que los miembros del PCE dentro de la universidad, sus militantes y delegados, tendieran a tratar de que las movilizaciones estudiantiles no desbordaran esa estrategia movilizadora del PCE»⁴⁷. Claramente, esta estrategia del PCE profundizó su enemistad con los grupos políticos más radicales, que propiciaban justamente la fórmula contraria: mantener la movilización para forzar la ruptura.

En el caso de los partidos de izquierda radical, éstos mantuvieron por algún tiempo su presencia en la universidad, sin embargo, también terminaron por abandonarla. Tal como señala Jaime Pastor, a partir de mediados de 1976

«hubo un menor interés por parte de los partidos en el papel de la universidad y sus propias organizaciones, y además no olvidemos de que eso va

⁴⁶ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Rebelión en las aulas...*, pp. 355-356.

⁴⁷ Entrevista a Luis Enrique Otero Carvajal —profesor titular del Departamento de Historia Contemporánea de la UCM que ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad en el curso 1975-1976— realizada en Madrid el 16 de septiembre de 2009.

sumado a una crisis de las organizaciones de izquierda radical. Son agrupaciones que todavía crecerán hasta finales del 78, con unas organizaciones de juventud, pero a partir del 79 se va produciendo el reflujo. Tanto los Pactos de la Moncloa como el referéndum constitucional aparecen como un relativo cierre de la transición, y por lo tanto esa frustración en la izquierda radical será mayor. Pero también en los grandes partidos hay un menor interés, no olvidemos el caso del PCE»⁴⁸.

Hacia el final del curso 1975-1976, la movilización en las universidades madrileñas prácticamente había desaparecido, pese a la intensidad con la cual se había inaugurado el año académico. ¿Cuál fue el balance de este intenso curso? Disímil. Por una parte, los estudiantes habían tenido relativo éxito en cuanto a sus reivindicaciones específicas, cuando forzaron al régimen a modificar el Decreto de Permanencia. Ya hemos dicho que ésta fue una victoria parcial porque no se logró todo lo que los estudiantes querían, pero sí se consiguió un avance, especialmente en lo que se refiere a la desaparición de los tribunales de disciplina. Por otra parte, el movimiento estudiantil se había insertado en la lucha política general del país y había hecho suyos tanto el lenguaje democrático como la estrategia de la ruptura democrática.

Sin embargo, ya antes de que terminara el curso, se pueden observar elementos que manifestaban el cansancio, la división y el abandono que afectaban al movimiento. Ciertamente, mantener a la universidad movilizada durante varios meses implicaba un esfuerzo enorme, que desgastó naturalmente al movimiento. Pero también la imposibilidad para conseguir una organización que coordinara las luchas y defendiera los intereses de los estudiantes dificultó la continuidad de las movilizaciones. Además, reflejó que las divisiones entre los distintos grupos políticos que participaban en la universidad eran profundas y que no había voluntad para superarlas. Ningún partido estuvo dispuesto a colaborar con otro en un organismo común, por lo que boicotearon la posibilidad de dotar al

⁴⁸ Entrevista a Jaime Pastor —cientista político y sociólogo de la Universidad Complutense de Madrid que ingresó en la Facultad de Políticas de esa universidad en el curso 1964-1965 y militó en la LCR— realizada en Madrid el 25 de septiembre de 2009.

movimiento de una estructura unitaria que le permitiera proyectar y mantener sus reivindicaciones.

Esto se debía a que hacia mediados de 1976 ya estaba medianamente claro que la democracia no se iba a conseguir a través de la movilización social, sino mediante la negociación política. En este sentido, las movilizaciones estudiantiles pasaron a segundo plano y muchos dirigentes prefirieron dejar de lado la lucha universitaria e integrarse a los partidos políticos de oposición, que, a su vez, abandonaron la universidad para concentrarse en el proceso de reforma política, especialmente de cara a las elecciones de 1977. Es así como, a partir del curso 1976-1977 y siguientes, la universidad dejó de ser un foco de agitación permanente, y los grupos políticos que tradicionalmente habían liderado el movimiento estudiantil, como la Organización Universitaria del PCE, prácticamente desaparecieron⁴⁹, dejando al movimiento fragmentado y en una situación de apatía e indiferencia generalizada.

Como señala Javier Maestro, estudiante de la Facultad de Políticas de la Complutense a finales de los años sesenta, la Transición supuso una decepción muy fuerte para el movimiento estudiantil, que durante años había luchado por iniciar un proceso de democratización impulsado por la movilización social:

«[En la universidad] existió un desencanto con la Transición, con los partidos que habían impulsado ese tipo de transición, y ese desencanto se perpetúa durante años, a partir del año 1978, más o menos, desde que se ve en 1977 con la Constitución, que la Transición va por una vía determinada, que no es en absoluto congruente con lo que se había esperado, pues eso va acompañado también de una serie de reformas que no satisfacen»⁵⁰.

Este desencanto explica también la fuerte desmovilización que vivió la universidad española en los años posteriores a la muerte de

⁴⁹ Un ejemplo de esto es la desaparición de *Vanguardia*, el órgano de prensa de la Organización Universitaria del PCE, que había comenzado a publicarse en 1969 y dejó de hacerlo a fines de 1976.

⁵⁰ Entrevista a Javier Maestro —profesor titular del Departamento de Historia de la Comunicación Social de la UCM que ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad en el curso 1967-1968— realizada en Madrid el 29 de septiembre de 2009.

Franco, que llevó a un estudiante a comentar que «militar en la universidad, [era] peor que escuchar ocho horas las palabras de Monseñor Balaguer»⁵¹.

En suma, la vinculación del movimiento estudiantil con los partidos políticos de oposición, especialmente con los más activos en la lucha antifranquista, como el PCE y el PTE, le proporcionó la capacidad material e ideológica para mantener sus luchas —pese a los momentos de flujo y reflujo— por casi veinte años. Sin embargo, el posterior abandono que los partidos hicieron de la universidad y las propias luchas internas entre los grupos que componían al movimiento terminaron por desgastarlo hasta casi hacerlo desaparecer.

Pese a esto, consideramos que el movimiento estudiantil sí fue un actor fundamental durante el antifranquismo y en los primeros meses del proceso de transición, ya que, a través de sus luchas por la democratización de la universidad y del sistema político —que comenzaron en la década de los cincuenta y se prolongaron por más de veinte años—, se convirtió en una zona de libertad en donde el lenguaje de la democracia fue un componente esencial de socialización de una parte importante de la juventud española.

⁵¹ *Cuadernos para el Diálogo*, núm. 253, 4-10 de marzo de 1978, p. 30.